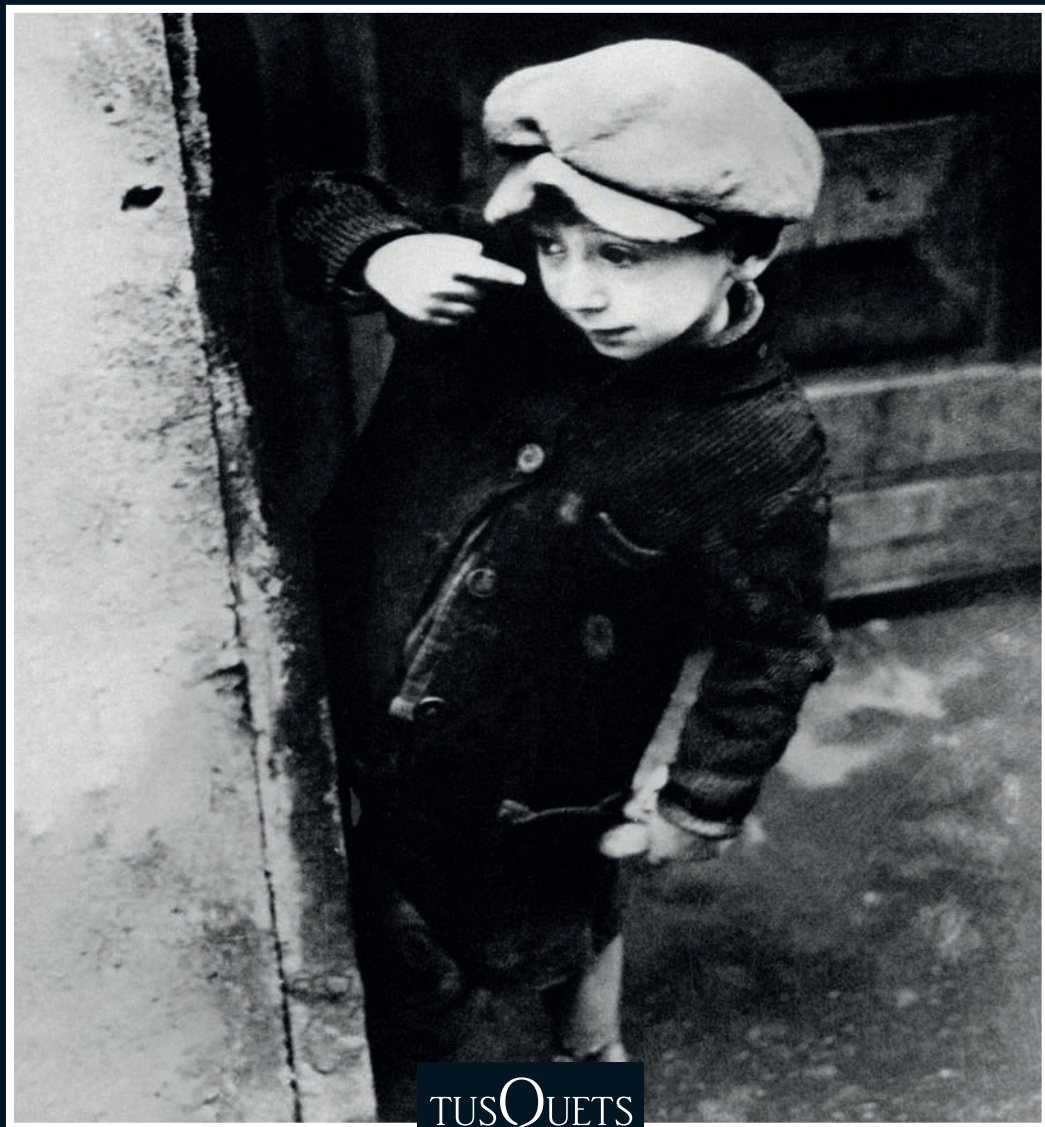


Alvydas Šlepikas

# BAJO LA SOMBRA DE LOS LOBOS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ALVYDAS ŠLEPIKAS  
BAJO LA SOMBRA DE LOS LOBOS

Traducción del lituano de  
Margarita Santos Cuesta

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Mano vardas Marytė*

1.ª edición: mayo de 2021

La traducción de este libro ha recibido una subvención del Instituto Lituano de Cultura.



© Alvydas Šlepikas, 2011, 2019. Esta traducción ha sido publicada por Tusquets Editores por acuerdo con Oneworld Publications.

© de la traducción: Margarita Santos Cuesta, 2021  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-963-1  
Depósito legal: B. 5.203-2021  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Como de la oscuridad, como un juego de sombras y de luz, como una película en blanco y negro, aparecían las esquivas del pasado:

invierno de 1946.

Un invierno de posguerra frío y terrible, tiempos de desolación.

Un puente colgaba entre el cielo y la tierra sobre el caudal helado del Nemunas. El viento empujaba polvo de nieve a lo largo del río como si este fuera una autopista. En algunos puntos resplandecía el hielo, lechoso como el mármol. Hacía frío, más de veinte grados Celsius bajo cero.

Puntales de metal se cruzaban entre sí formando una confusa red entre cuyo entramado silbaba el viento. El puente aullaba las canciones del vendaval.

Además del viento, también se oía la voz de un soldado que cantaba algo extraño y de tonos orientales.

A través del armazón de metal se distinguían a lo lejos unos puntos oscuros que no dejaban de moverse.

Pegados a la construcción del puente había carteles, letreros y periódicos que proclamaban la victoria y animaban a no mostrar compasión, a matar. También prohibían el acceso sin un permiso de las autoridades militares.

El viento hacía temblar la esquina despegada de un cartel. La nostálgica canción comenzó a sonar con más fuerza.

Sobre el puente vigilaban dos soldados: el que cantaba, de rasgos asiáticos, y un ruso. El ruso intentaba encenderse un cigarrillo liado, pero el viento apagaba las cerillas y lo enfurecía. También le molestaba la canción del soldado de ojos rasgados.

Los puntos negros que se movían al otro lado del río se acercaban: eran niños alemanes que intentaban atravesar el Nemunas helado. Serían unos siete...

El ruso perdió la paciencia:

—¡Cállate de una maldita vez, puto chino!

El asiático sonrió. Calló durante un rato y luego dijo:

—Puto chino, puto chino... Puto chino serás tú.

El viento silbaba y la patria estaba lejos, el cigarrillo se rompió, la cerilla se quebró entre los dedos encallecidos.

El asiático se echó a reír:

—Eh, Iván...

—No me llamo Iván, soy Yevgueni, me llaman Zhenia.

—Mira, Iván, alemanito correr...

Los niños alemanes corrían como perdices sobre el hielo. Un par de ellos, más pequeños, se estaban quedando atrás.

El soldado ruso gritó:

—¡Alto! ¡Atrás! ¡Alto! ¡Es una orden! ¡Alto, cerdos fascistas!

Sin embargo, el puente era alto y el viento se llevaba las palabras del soldado. Los niños siguieron corriendo. Vieron la figura que hacía aspavientos desde lo alto del puente, pero no entendían su lengua.

—Eh, Iván...

—Que no soy Iván, puto chino...

—Ellos cagar en ti, Iván...

—Mira que te mato...

—Tranquilo, idiota...

El ruso cogió una granada, tiró de la anilla y arrojó el proyectil al grupo de niños. Los dos soldados se agacharon para protegerse de la posible metralla. De repente, retumbó una poderosa explosión.

La humareda se disipó.

Agarrado al borde del agujero provocado por la granada, un niño pataleaba y trataba de salir del agua. Hacía frío y un vapor helado se elevaba del río. Los otros niños habían dado media vuelta y corrían intentando huir de la muerte.

Cuando la detonación se hubo calmado, en medio del silencio absoluto se oyó un ruido extraño que recor-

daba al chillido de un animal moribundo, agudo y constante. Otro chico había quedado gravemente herido. Se retorció de un modo peculiar sobre la espalda y sacudía los pies contra el hielo. Así que el gemido provenía de él. La sangre corría bajo el niño, que no dejaba de contraerse, y teñía una extensión cada vez más grande de nieve y hielo: una mancha de color en un mundo en blanco y negro.

Entre el niño herido y el otro que seguía pataleando en el agujero abierto en el río helado había un crío de unos seis años. Estaba aterrorizado, como petrificado, las piernas no le obedecían y el lamento del herido lo atravesaba de lado a lado. En sus ojos se reflejaba el horror.

Este niño era el pequeño Hans, a quien conoceremos más tarde.

El asiático levantó el rifle, apuntó y disparó. El gemido tocó a su fin; el herido dejó de moverse. Hans despertó de su estupor y echó a correr dando gritos, pero no hacia la orilla, sino a lo largo del río helado. A sus espaldas sonaron dos tiros más, pero Hans no dejó de correr.

Después de fallar estos últimos disparos, el soldado asiático sacudió la cabeza.

El muchacho que colgaba del borde del agujero pataleaba con sus últimas fuerzas.

El soldado ruso escupió y miró al pequeño, que apenas se movía ya.

La cabeza del niño se sumergió. Por unos instantes, una mano siguió agarrada al borde del agujero, pero al fin desapareció también en el caldo de agua y pedazos de hielo.

El soldado ruso se encendió por fin el cigarrillo.

El viento silbaba.

De nuevo se oyó el canto triste y estremecedor del soldado.



Se acercaba la noche. En invierno llegaba tan rápido... Desde hacía varios meses Eva tenía la impresión de que siempre era de noche. E invierno. Un invierno interminable, ventiscas interminables, helada interminable, crepúsculo, frío, viento, hambre interminable. El frío atravesaba sus prendas y se colaba hasta el corazón, hasta los huesos y el cerebro. Otra vez le daba vueltas la cabeza, del hambre; ya hacía tiempo que no comía nada. Si aparecía algo que llevarse a la boca, se esforzaba en darles todo a los niños. El mundo giraba a su alrededor y por un momento la negrura le cubrió los ojos, pero su amiga Martha, que nunca se rendía, la sujetó por el codo.

—Aguanta —le dijo—. Aguanta, Eva. Acuérdate de los niños.

Eva no tiene que acordarse de ellos; son lo único en lo que piensa: Monika, Renate, el mimado de Helmut, tan tierno pero débil, un chico enfermizo, totalmente diferente de Heinz. «¿Dónde estará ahora, mi

Heinz, mi niño? Partió en tren a Lituania hace ya casi una semana. ¿Vivirá, se encontrará bien, qué comerá, tendrá un lugar donde recostar la cabeza?»

La gente esperaba de pie sin moverse, encogida por el viento y por el frío, arrimándose los unos a los otros como ovejas: siluetas oscuras atrapadas en la creciente oscuridad del anochecer, del día que moría. Eva se apoyó en Martha. La ayudaba sentir a su lado a alguien más fuerte y tenaz. Martha sabía cómo salir de cualquier situación. No había visto llorar a su amiga ni una sola vez. Ni siquiera ahora, cuando todos los días se fundían en un único día de desolación, interminable y negro, en una enorme fosa funeraria. No, Martha no lloraba nunca, ella confiaba en la vida. Ahora también era un apoyo, un refugio para Eva, que todo lo temía y de todo se asustaba. «Ay, Martha, Martha... Menos mal que estás a mi lado, menos mal. No puedo decirte esto, imposible.» Si también desapareciera Martha, el mundo perdería todas sus coordenadas, aunque aquello ya era más una masa informe que un mundo.

Por fin aparecieron los soldados: dos muchachos, de unos dieciocho años, pero de semblante severo, serio. Arrastraban una olla grande llena de restos de comida, en su mayor parte peladuras de patata, las tan esperadas mondas de patata. De repente la gente —ancianos, niños, mujeres, entre ellas Eva y Martha— pareció salir de su sopor. Todos se echaron hacia delante con los ojos brillantes, todos estaban

hambrientos, cansados de esperar, helados, con la piel ennegrecida por el frío, envueltos en harapos; todos avanzaron, aun a sabiendas de que había que esperar la orden, había que esperar el permiso. Los soldados gritaron algo en ruso, pero Eva no hablaba esa lengua, solo «gracias» y «adiós», aunque ahora también sabía decir «pan» y «patatas». Sin embargo, los soldados no decían «pan» ni «gracias»; gritaban:

—¿Adónde vais, engendros, adónde vais? ¡Atrás, fascistas, o veréis lo que es bueno! ¡No os atropelléis! ¡No os atropelléis!

En realidad, no se estaban atropellando, solo se echaban hacia delante de manera involuntaria, todos listos para agarrar su parte, y esa parte dependía de cuánto fueran capaces de agarrar. Eva se acercó junto con los demás a los soldados, a la olla llena de sobras y mondas de patata. Por un instante le pareció que su entorno se distorsionaba, las manos y las caras de la gente perdieron su contorno, todo se tensó para luego contraerse, todo avanzó de repente a cámara lenta. Los soldados volcaron la olla en el suelo, allí mismo, en el patio trasero del comedor militar. Lo que antes era una taberna se había convertido en comedor militar. Hoy arrojaban muchas sobras, no siempre se tenía tanta suerte, y menos al anochecer.

El soldado se burló en alemán:

—¡Aquí tienen, sírvanse, señores fascistas!

En alemán solo dijo «aquí tienen», todo lo demás lo dijo en ruso, pero podía decir lo que quisiera, por-

que a aquellas personas ateridas y muertas de hambre ya les daba igual. Se precipitaron sobre las peladuras y las sobras, las agarraban a puñados y las metían en pequeños sacos de lienzo y en cestos que llevaban consigo. Una anciana comenzó a gemir:

—¡Eso es mío, mío! ¡Yo también quiero vivir!

Se cayó, alguien tropezó con ella y le pisó la mano. Ella soltó un grito. Eva se estremeció y quedó paralizada por un instante, quizás medio segundo, porque de repente se vio a sí misma como un gusano que se retorció entre las sobras. Sin embargo, la voz de Martha enseguida ahuyentó esa imagen:

—Acuérdate de los niños.

O tal vez no fue Martha sino ella misma, Eva. Tal vez fue su propia voz quien le dijo: «Acuérdate de los niños», su voz interior de madre. Como un animal depredador se aferraba, arrancaba, tiraba y arrojaba en su bolsa las mondas heladas de patata. Probablemente también lloraba. ¿O serían quizás unas pocas lágrimas insípidas provocadas por el frío y el viento?

—Mira qué cerdas, han perdido cualquier resto de humanidad —dijo el soldado en ruso al tiempo que golpeaba una boquilla de mujer contra una esquina del edificio para vaciarla de restos de tabaco.

Soplaba la ventisca.

El viento llevaba la nieve de un lado a otro y contra los ojos de los viandantes. Eva y Martha caminaban deprisa, pero no era fácil avanzar. Inclinas hacia delante, sus siluetas iban desapareciendo en la creciente negrura de la noche. Ya dejaban atrás la antigua lechería, luego el taller de cardado de lana, con su esquina derruida por un proyectil de artillería. El interior del edificio estaba abierto como el costado de un animal sacrificado, pero en él solo se distinguía una oscuridad sin fondo. A Eva le daban miedo todos esos edificios sin vida. Siempre le parecía ver sombras que las perseguían a ella y a Martha. Sudaba, pero el frío seguía atravesándola. El pueblo, que le era tan familiar, se volvía desconocido en medio de la ventisca, terrible, asesino.

En algún lugar sonó un disparo; luego otro. Las mujeres avivaron aún más el paso. A través de los aullidos del viento y los remolinos de nieve empezaron a llegar en bandadas las notas de un acordeón ruso. Aunque fuera un sonido ajeno a ellas, las tranquilizaba por llegar de manera tan inesperada, como de otro mundo. Eva incluso pensó que era ella, su conciencia, quien creaba aquella sencilla melodía en clave mayor, aquel canto a la naturaleza. Eva se aferró a las peladuras de patata que había conseguido en la cantina militar. En casa las esperaban los niños, hambrientos; esos niños a los que quería más que a su propia vida. Con gusto aullaría como una loba, se cortaría un pedazo de su cuerpo para alimentar a sus hijos, esos

inocentes que sufrían un castigo divino. Volvía a casa con las sobras desechadas por los soldados rusos. Lotte, la hermana de su marido, secaría las peladuras de patata sobre una pequeña estufa de metal y luego las molería en un viejo molinillo de café para al fin hacer tortas con la harina resultante. Eva no sabría cómo sobrevivir sin Lotte; sin Lotte y sin Martha.

Eva y Martha seguían corriendo en dirección a su casa, encogidas por el viento y por el miedo de que alguien les dirigiera la palabra. Entre los remolinos de nieve surgían de vez en cuando luces, automóviles, soldados, algunas siluetas. Alguien se rio, en algún lugar se oyeron disparos. Intentaron pasar sin ser vistas junto a un grupo de soldados rusos achispados. Les gritaron algo, pero ellas fingieron no oír. Era importante no detenerse, no volverse, pasar tranquilamente de largo. Eva continuó avanzando; cada paso correspondía a una sílaba de la oración que Jesús enseñó a su pueblo: «Padre nuestro que estás en los cielos, hágase tu voluntad...». Nunca fue muy religiosa, más bien librepensadora, pero ahora repetía esa oración una y otra vez; hasta se la había enseñado a los niños. Le parecía que esas palabras sagradas rozadas por los labios de Dios ayudaban, salvaban. Martha se reía de ella: «Te has vuelto una vieja beata». Eva no se enfadaba. Era imposible enfadarse con Martha, aquella mujer hermosa y fuerte que no se dejaba vencer por desgracia alguna. Incluso en aquel entonces se oía a veces su risa inconfundible y contagiosa. Costaba creer-

lo, pero Martha se reía hasta en esos tiempos. A veces. Quizás en un intento de animar a los demás.

De repente alguien agarró a Eva del brazo.

—¡Eh, dos tías...! —gritó riéndose un soldado borracho; sus ojos parecían los de un loco.

Del susto, Eva soltó un chillido. Empujó al soldado, pero este se aferró a ella con más fuerza y los dos perdieron el equilibrio. Eva sintió el hedor a alcohol que le salía de la boca; empujó, pataleó, se levantó. El soldado seguía colgado de su manga, pero Martha tiró de él y lo separó de Eva. Sin embargo, en torno a ellas ya se habían reunido más bocas que se reían y se mofaban. Los soldados se abalanzaron sobre ellas, surgieron de repente de los remolinos de nieve. Todos gritaban algo, se reían, parecía que se chinchaban los unos a los otros. Se oyó una frase en alemán:

—Señoritas, no tengan miedo, somos muy tiernos. Después risas.

Martha se liberó de uno de ellos y otro asió a Eva por la pierna. Uno de los atacantes se cayó, pero incluso desde el suelo se retorció ansioso por una mujer.

Por fin las dos consiguieron zafarse. Corrían tanto como podían, pero los soldados no estaban dispuestos a rendirse tan fácilmente. Las siguieron, alguien disparó en el aire. Eva apretó contra el pecho la comida para los niños; de ninguna manera perdería su botín. Las mujeres doblaron una esquina y se zambulleron en la negrura que se extendía entre los edificios. Allí todo les era familiar, o lo fue antes. Corrieron por detrás de

la escuela y atravesaron el edificio quemado de la policía, sus ruinas; luego patios y huertos. Lo más importante ahora era librarse de sus perseguidores, desorientarlos en medio de la ventisca o, de lo contrario, los conducirían hasta casa, no los detendrían los frágiles candados de la leñera. La familia de Eva se alojaba en una leñera desde que los echaron de su casa los nuevos inquilinos —un militar herido y su mujer— nada más llegar. La leñera se convirtió en su nueva casa.

Eva ya no tenía fuerzas para seguir corriendo. Se escondió detrás de un edificio, agachada y encogida en un rincón, y esperó. ¿Dónde estaba Martha? ¿Dónde se había metido? Corrían juntas, las dos se defendieron, las dos se quitaron de encima a esos borrachos, pero ¿dónde estaba ahora? De pronto, Eva oyó gritos y un par de disparos. «Dios mío, protégenos a mí y a mi amiga Martha, protege a su familia, a sus hijos y a mis hijos, sácanos de este desierto de muerte, devuélvenos la vida.»

Se levantó e intentó caminar, pero tropezó con una rama.

No, no era una rama; era un brazo.

Era un cadáver congelado. Había tantos por las cunetas de los caminos que decían que los lobos se estaban acostumbrando a comer carne humana. Pero de qué lobos hablaban cuando ahora las personas que te rodeaban se habían convertido en lobos...

De repente, Eva comprendió que ni siquiera se había asustado al ver aquel cadáver, solo la había sorprendido.



Escuchó los ruidos de la noche y del viento para asegurarse de que no había nadie cerca y emprendió el camino a casa guiándose por su instinto. Su figura desapareció en la noche.

El cadáver quedó allí con el brazo extendido, implorante.

Ya no tenía frío.